

Una ofrenda

Luis de la Barrera Solórzano*

Rebeca Monroy Nasr, *María Teresa de Landa: una miss que no vio el universo*, México, INAH, 2018, 459 pp.

Este libro es un festejo, un brindis, una ofrenda, una declaración de amor. Como sucedió con todos sus alumnos —yo el primero—, con el general Moisés Vidal desde el momento mismo en que le fue presentada, con todo el público que asistió a su juicio o lo siguió por radio, con todos los integrantes del jurado popular que la sentenció —el último jurado popular en nuestro país—, con los lectores de *Excélsior* que en votación directa la eligieron Señorita México, con todos los productores que en Galveston, Texas, le ofrecieron jugosos contratos para que actuara

en cine o teatro, también la autora de esta obra fue seducida por María Teresa Landa, uno de los personajes más apasionantes de la mitología mexicana.

Salvo las piedras, nadie que conociera a María Teresa Landa podía escapar a su poder hipnótico. En la “prepa 1”, entonces ubicada en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, los estudiantes que cursábamos con ella la asignatura de historia universal la escuchábamos embrujados.

Ella nos transportaba a los lugares y las épocas de los acontecimientos que nos narraba. Era una espléndida expositora. Tenía una voz grave, metálica, clara y potente, y una mirada profunda, en la que las luces y las sombras se mezclaban como en un ocaso que se resiste a dar lugar al anochecer.

La intensidad de sus relatos nos electrizaba. Cuando los personajes a los que se refería eran mujeres de sino trágico, la exposición de la maestra se hacía más intensa y su mirada se encendía como si los he-

chos que nos narraba estuvieran ocurriendo ante sus ojos.

Sobre todo, nos sobrecogían sus disquisiciones acerca de las características psicológicas de las protagonistas. Escucharla hablar de Juana de Arco, Ana Bolena o de María Antonieta era un banquete de reflexiones y de emociones.

Me recuerdo a mí mismo venciendo mi timidez para acercarme a la maestra a hacerle algún comentario, alguna pregunta, sobre el tema expuesto en clase, o corriendo a la librería Porrúa Hermanos, a unos pasos de la prepa, a comprar el libro que la profesora nos había recomendado.

Rebeca Monroy Nasr no tuvo la fortuna —que yo tuve— de ser su alumna, pero en cuanto supo de ella quedó atrapada en sus redes hechiceras, y ahora nos ofrece el producto de cinco años de investigación acuciosa, paciente, profesional, un trabajo cuyo impecable rigor académico va acompañado, página por página, de un aroma poético.

La doctora Monroy muestra no solamente su capacidad como in-

* Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.

investigadora y su alta calidad intelectual: son notorios asimismo el entusiasmo y el cariño con que escribió estas páginas.

La prodigiosa información que sustenta este libro manifiesta la pasión de la autora por el conocimiento del personaje. Los detalles y precisiones en que se ha esmerado para situar en su contexto histórico, social y cultural la trama trágica que aquí nos narra, dan fe de una investigadora excepcional. El estilo literario da cuenta de que, además, es una intensa narradora.

El libro tiene tanta fuerza narrativa y tanta carga dramática —lo cual solamente puede lograrse con un espléndido estilo literario— como las más apreciables novelas trágicas de la literatura universal. Su personaje, María Teresa Landa, embrujaba a cuantos le conocían; la autora, Rebeca Monroy, nos obsequia páginas hechiceras sobre esa figura mítica.

Las dos imágenes contrastantes de María Teresa Landa en dos momentos cruciales de su vida —por una parte, la triunfadora en el concurso Señorita México, sonriente, alegre, coqueta y complacida, y, por la otra, la uxoricida con una inflexión de angustia y dolor, cabizbaja, encorvada y adelga-

zada—, rescatadas por Mariana Yampolsky del acervo de Enrique Díaz Reyna, ejercieron sobre la doctora Monroy una atracción contundente.

Seducida por María Teresa Landa, dedicó años a satisfacer la necesidad de conocer y develar el caso que conmovió a la sociedad mexicana, comprender el origen y el contexto del concurso, conocer al hombre con el que se casó la Señorita México, analizar las motivaciones de ésta para privarlo de la vida, estudiar el juicio, descubrir qué fue de la vida de la reina de la belleza posteriormente.

Para poder transmitir todo aquello con la elocuencia y el vigor con que lo ha hecho, Rebeca Monroy debió al mismo tiempo vivirlo, es decir ser testigo de los hechos. Y lo logró estudiando esos hechos en todas las fuentes disponibles, y, sobre todo, zambulléndose en el alma de María Teresa Landa tan profundamente como María Teresa Landa se sumergía en el alma de las protagonistas de los episodios de historia universal que exponía en sus clases.

Eso sólo podía conseguirlo una mente perspicaz y un alma sensible, atributos de los que la autora hace gala en este trabajo. Por eso y por la forma en que está escrito,

este libro, no obstante que gira en torno a un hecho trágico, es una delicia.

Las páginas más seductoras son aquéllas en las que la autora busca entender y explicar los motivos que llevaron a María Teresa a vaciar la carga de la pistola en el cuerpo del hombre que amó, qué movimientos internos generaron los disparos, y qué sucedió con ella durante el juicio y después de ser absuelta.

Mención especial amerita la interpretación que la doctora Monroy hace de las numerosas fotografías que enriquecen el libro: desentraña las profundidades del corazón de la protagonista observando esas imágenes con imaginación, con intuición y con agudeza intelectual.

Un personaje tan imponente como María Teresa Landa requiere para ser biografiado de un investigador y escritor que esté a su altura. La autora de este libro lo confirma.

El libro de Rebeca Monroy conmoverá a los lectores como me ha sacudido a mí. Si María Teresa Landa pudiera leerlo, quedaría fascinada. Me imagino la expresión sonriente de su fantasma, si es que los fantasmas tienen expresión facial.